

VOCES DE LA EDUCACIÓN



EL SENTIDO DE LA LECTURA

Ángela Pradelli

PAIDÓS

Portadilla

Legales

1. La lectura como una pulsión de vida

2. Leer es construir una significación sobre nuestra existencia

3. Lectura y descendencia: ¿cómo fue el primer lector?

4. El texto es el lector

5. La lectura como experiencia de aproximación

6. Lecturas y aprendizajes

7. Leer: una poética de la seda

8. Llegar al autor. Encuentros con John Berger

9. Leer es mirar profundo

10. ¿Quién enseña en mí cuando enseño a leer?

11. Perderse en una biblioteca hasta encontrarse

12. Lecturas que persisten

13. Leer y encender las noches

14. La lectura en el aire que respiramos

15. El lector como destino

16. El sentido de las palabras

Epílogo: pensarse lectores

[Lecturas](#)

[Agradecimientos](#)

Pradelli, Angela
El sentido de la lectura. - 1a ed. - Buenos Aires : Paidós,
2013.
E-Book.
ISBN 978-950-12-0048-5
1. Educación. 2. Aprendizaje.
CDD 371.227

El capítulo “El sentido de las palabras (ficción)” ha sido publicado anteriormente. Véase: Angela Pradelli, “El sentido de las palabras”, Marketing & Research, Buenos Aires, mayo de 2012.

Directora de colección: Rosa Rottemberg

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

© 2013, Ángela Pradelli

Todos los derechos reservados

© 2013, Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello Paidós®

Independencia 1682, Buenos Aires – Argentina

E-mail: difusion@areapaidos.com.ar

www.paidosargentina.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-0048-5

El sentido de la lectura

Ángela Pradelli

El sentido de la lectura

A Giovanni, María y Rita Pradelli

Cuando trato de escribir sobre la importancia del acto de leer, me siento impulsado a "releer" momentos fundamentales de mi práctica, conservados en la memoria, desde las experiencias más lejanas de mi infancia, de mi adolescencia, de mi juventud, en que la comprensión crítica de la importancia del acto de leer se fue formando dentro de mí.

PAULO FREIRE

Pero la memoria no es nada sin el contar.

PAUL RICOEUR

La lectura tendrá que enseñarse como un arte particular. Cualquiera que haya intentado enseñar literatura o historia o filosofía al estudiante promedio de enseñanza superior atestiguará que en esto consiste toda la labor.

GEORGE STEINER

Quando se contempla la forma de los hombres se puede configurar el mundo.

I CHING

1. LA LECTURA COMO UNA PULSIÓN DE VIDA

Desde hace muchos años la lectura es para mí, también, un tema de reflexión. Toda escritura es en colaboración, pero tal vez, este libro con las meditaciones sobre la lectura y su misterio lo sea aún más que cualquier otro, ya que incluye los relatos de distintas personas que narran, en relación con la lectura, una escena personal que consideran muy significativa en sus vidas. Los músicos suelen hacerlo. Cuando dan sus recitales, invitan a otros cantantes a compartir el escenario. ¿Por qué no invitar a escritores, músicos, directores de teatro, editores, profesores, traductores, etc., a compartir esta meditación sobre la lectura a partir del relato de sus propias experiencias? Al invitarlos, les aclaré que no tenían que explicar los motivos de la elección, no importaba por qué habían elegido relatar determinada experiencia, sino únicamente contar una escena personal en relación con la lectura en la que algo del orden quizás de lo trascendente había tenido lugar en la vida de cada uno. Sin interpretaciones ni conclusiones sino más bien el puro contar.

Tenía puesta mi fe en que, al narrar la experiencia, algo se develara. Y también en que los relatos, como destellos, fueran revelando los diferentes conceptos de lectura y los motivos por los cuales leemos. Aunque leer es una actividad que muchas veces sentimos como placentera, no es sin embargo el goce lo único que nos mueve a hacerlo. Esa fue mi idea entonces: que los textos reunidos en el libro manifestaran los diferentes sentidos de leer. No me equivoqué al pensar que los relatos nos traerían también una sig-

nificación. Quien cuenta una historia, lo sabemos, casi siempre corre un velo.

¿Cuáles son nuestras escenas de lectura más significativas y cómo las recordamos? ¿Qué encontramos hoy al volver a ese lugar y qué vemos en esas experiencias en que los textos vinieron a buscarnos o nosotros fuimos hacia ellos y los abordamos? ¿Qué recuerdo tenemos de nosotros mismos como lectores? ¿Qué libro, escritor, historieta o revista nos revelaron la posibilidad de otros mundos? ¿Por qué ese y no todos los anteriores? ¿Qué hay de aquello que perdimos sin terminar de leer y qué pasa cuando lo reencontramos? La invitación a relatar un suceso importante en relación con la lectura era al mismo tiempo una invitación (tomo aquí las palabras de Maurice Blanchot) a “buscar detrás de sí, para encontrar allí la fuente de toda alteración, un acontecimiento primero, individual, propio de cada historia, una escena algo importante y conmovedora. [...] Por una parte, se trata de remontarse a un comienzo, ese comienzo será un hecho, ese hecho será singular, vivido como único”.

La memoria, que nunca está quieta, opera para crear un recuerdo. Genera erosiones también. En diálogo con el tiempo y los espacios de los sucesos que acaecieron, la memoria va construyendo. Y olvida a veces, o modifica también. Es un movimiento que acomoda las huellas materiales en una composición que es también una escritura social en la que podemos aprendernos.

Este libro entonces, además de la reflexión y experiencia propias, reúne los relatos de músicos, lingüistas, fotógrafos, historietistas, directores de teatro, poetas, traductores, guionistas, docentes, periodistas, narradores y editores que día tras día fueron llegando a mi casilla. La mayoría de los que escribieron sus escenas de lectura son argentinos, pero también hay textos de cubanos, uruguayos, italianos, suizos, franceses, alemanes. Para todos ellos, mi agradecimiento será infinito. Además de estas variaciones sobre la lectura, el libro incluye también un cuento de ficción, “El

sentido de las palabras" (1), cuya protagonista atraviesa una experiencia en la que la lectura se ve arrasada.

Hace un tiempo, cuando ya había escrito los primeros borradores de este ensayo, tuve una conversación telefónica con la editora Rosa Rottemberg. Antes de cortar, Rosa me contó una historia familiar. Durante el servicio militar, su abuelo Abraham Isaac fue designado para prestar servicios en la casa del conde de la comarca. Allí debía leer y escribir cartas para los integrantes de la familia. Hace no mucho tiempo, pero cuando llevaba varios años ya editando libros, Rosa Rottemberg conoció la historia por boca de su padre, Miguel Rottemberg, quien la cuenta también en un libro aún inédito y de la que acá se reproduce solo un fragmento.

LA SALVACIÓN

Miguel Rottemberg (2)

Polonia, 1926, un joven judío es llamado a hacer el servicio militar, que consistía en tres años para los arios y cinco o más para alguien llamado Abraham Isaac. Lo espera una vida dura y llena de agravios, ¿cómo salvarse del destino? A las pocas semanas de estar en el ejército decide pegarse un tiro en el dedo meñique mientras limpia un arma y fingir un accidente. El médico del ejército observa la pólvora que rodea su mano y después de vendarle el dedo le dice: "Suerte que no soy lo suficientemente antisemita para delatarte, seguí haciendo el servicio militar".

El suicidio del conde de la comarca hace que la condesa pida, privilegio de los nobles, una docena de soldaditos rasos para los quehaceres domésticos.

–Vos, judío, ¿qué sabes hacer? –le dice el superior.

–Sé arreglar tractores y tengo muy buena letra –contesta Abraham.

–Legible –dice después la condesa–, y muy hermosa por tratarse de un judío.

El destino quiere entonces que mi padre pase directamente al escritorio de la noble para mandar misivas, sobres y además servir el vino en las mesas donde la condesa se reúne, entre otros, con altos mandos del ejército polaco. A veces mi padre ayuda también a llevar al lecho a alguno pasado de alcohol. La vida no es tan dura, las sobras de los banquetes son un manjar para un judío acostumbrado a papas y a sopa de remolacha. Después de cinco años, mi padre es ascendido a cabo y solicita a la condesa que le dé la baja. Tres años más tarde, la condesa recuerda a aquel joven de tan buena letra, lo manda llamar y le dice que lo necesita por un corto tiempo, hasta encontrar otra persona que tenga dotes parecidas para la escritura. Los militares polacos ya acostumbrados a este joven judío que tantas veces les sirve se olvidan de él y mi padre parece ya constituir parte del mobiliario, de modo que, un poco por eso y además también por el alcohol ingerido, comienzan a contar secretos militares sin mayor cuidado. Algunos ya presumen de la inminente invasión a Polonia. Incluso manifiestan cierta simpatía por el invasor, y desde luego se regocijan por el terror desatado hacia los judíos, la barbarie convertida en hechos jocosos, los campos de concentración. Sueñan para Polonia igual suerte. Una Polonia libre de comunistas, judíos y gitanos.

Mi padre solicita a la condesa que lo deje volver a su hogar, a su joven esposa y su pequeño hijo. De regreso, cuenta los horrores que ha escuchado.

Mi padre nunca demostró desapego hacia las cosas materiales, pero en esta oportunidad, insiste en emigrar. ¿Hacia dónde? Argentina, allí ya viven dos hermanos. Discute con mis abuelos y tíos. Ellos sostienen que los alemanes no pueden ser tan bárbaros, que en la Primera Guerra Mundial mi abuelo paterno murió molido a golpes por los rusos por esconder una vaca justamente como alimento para los alemanes. Los polacos, ya con los alemanes casi en la puerta, comienzan a confiscar todas las casas de los judíos. Sí, mis padres tendrán que

irse con lo puesto, insiste mi abuelo deseoso de retener a su hija.

Nos vamos en 1938, meses antes que entraran los alemanes. Años después nos enteramos de que al segundo día de la entrada de los alemanes, ante una Polonia que opone escasa resistencia, mis abuelos, junto con todos los hombres mayores del pueblo, son fusilados en el cementerio de las afueras. Mi tía, una mujer joven y bella, se suicida junto con otras cuando es llevada a un burdel. Solo logra salvarse un cuñado que escapa con los rusos y del cual nunca sabremos nada.

Llegamos a la Argentina después de treinta y cinco días. El barco fue hundido por los alemanes a su regreso.

Aunque conocí este episodio cuando ya tenía una primera versión del libro, la historia bien podría haber sido un punto de partida para escribir estas meditaciones. Mi proyecto de escritura habría podido surgir de este relato triste y hermoso a la vez. La historia narrada por Miguel Rottemberg bien podría haber sido la plataforma de este libro. Cuando Rosa Rottemberg me contó la historia de su abuelo Abraham, un soldado judío que gracias a la lectura y la escritura salva su vida, la de su mujer y la de su pequeño hijo, no pude evitar pensar en el oficio de su nieta editora. ¿O la edición no tiene esa misma pulsión? ¿Cuántas veces los libros, como las palabras al soldado judío, nos salvaron la vida? Leer y escribir fueron los puentes gracias a los cuales el soldado escapó de la muerte y la tortura que le podría haber significado, a él y también a su mujer y su hijo, permanecer en Polonia. Que su nieta haya elegido un oficio mediante el cual los lectores tomamos contacto con los libros, de alguna manera, no solo reedita aquel milagro de la salvación sino que además justifica este libro y revela uno de los sentidos de la lectura. Estas historias, aun cuando estemos ajenos a ellas, siguen latándonos en la sangre. Me refiero no solo a la sangre de cada cuerpo sino también, me gusta pensarlo así, a la sangre social, el líquido vital que circula en una sociedad y que, aunque vi-

vamos nuestras vidas ignorándolo, es un flujo que nos corre por venas y arterias. En lo que hoy somos y hacemos hay mucho por descubrir de los que pasaron por aquí antes que nosotros y dejaron sus marcas en un camino que con el tiempo sería también el nuestro.

¿Qué línea secreta y poderosa une nuestras experiencias con las de nuestros padres y abuelos? ¿De qué manera esas marcas, traumáticas a veces, trazan ya un camino que recorreremos en nuestros oficios, profesiones y modos de vivir? La nieta de aquel joven soldado que logró salvar su vida editará libros, tablas de salvación para muchos de nosotros. El hecho de que la historia apareciera, como dije, después de que la primera versión de estas meditaciones estuviera ya escrita no hace sino reforzar la tesis de la cual nacen estos pensamientos. De alguna manera, sentí que la historia de Abraham Isaac Rottemberg, ocurrida en las primeras décadas del siglo XX, que venía a buscarme ahora y me encontraba escribiendo estas reflexiones sobre la lectura, me había guiado no obstante, a ciegas y con la fuerza que tiene la intuición, durante toda la escritura.

La complejidad de la lectura no se agota en la significación de los textos lingüísticos. Por el contrario, hay una multiplicidad de escenas, imágenes, gestos, que debemos abordar con la lectura y que si bien ahondan las dificultades, también completan los sentidos. Sus contenidos vienen del mundo personal y se leen en la intimidad de los vínculos. Pero vienen también del mundo político, social, laboral, económico, etc. Todo es una lectura, y todos somos, a su vez, la lectura que los otros pueden hacer de nosotros mismos. La diversidad de los mensajes, de los códigos, de los registros nos hace tropezar con la multiplicidad de significados y nos obliga a decidir nuestras interpretaciones, al mismo tiempo que un universo de posibilidades explota a nuestro alrededor. A cada paso que damos se abren para nosotros infinitas lecturas. Las lecturas de los cuerpos, de las voces, del paisaje, de los pueblos y países, de los cantos, la lectura de los jardines.